

INVESTIGACIÓN

De estudiantes a ciudadanos

Las redes de jóvenes brasileños y la creación de una cultura cívica

*Ann Mische**

Resumen:

La impresionante convergencia de la juventud brasileña en las manifestaciones en demanda de juicio político al presidente Fernando Collor de Melo ha generado explicaciones contradictorias que van desde la eufórica celebración del renacimiento de la oposición estudiantil de la década de los sesenta hasta la cínica manipulación de la industria de la propaganda. Este artículo examina las manifestaciones juveniles de 1992 desde una perspectiva histórica, analizando los cambios en los escenarios de relación y los contextos cultural-ideológicos que han dado forma a la participación de los brasileños durante las tres últimas décadas. Para comprender las transformaciones sociales que hicieron mudar a la juventud de la fuerte identidad "estudiantil" de los años sesenta a la más universalista identidad "ciudadana" de la década de los noventa, se explora aquí la reconfiguración de las redes familiares, de estudio, trabajo y sociabilidad de los jóvenes brasileños, así como los cambios en la estructura de las redes de los grupos organizados y su pretensión de llegar a sectores sociales más amplios. Al considerar la "ciudadanía juvenil", también intento reformular el concepto de "identidad colectiva" -y su relación con la estructura o la posición social- cuestionando las posturas estáticas y deterministas que suelen ir de la mano con estas nociones. Asimismo, planteo que el análisis sistemático de las redes interpersonales y de organización, junto con la atención a la "multivalencia" del discurso y la acción, puede arrojar nueva luz sobre la forma en que la cultura política se reformula mediante la conflictiva ambigüedad de las interacciones sociales.

Abstract:

The dramatic convergence of Brazilian young people in protests to demand the impeachment of President Fernando Collor de Melo has generated contradictory explanations, ranging from euphoric celebrations of the rebirth of the 1960s student opposition to the cynical manipulation of the propaganda industry. In this paper I examine the youth demonstrations of 1992 in a historical perspective, analyzing changes in both the relational settings and the cultural-ideological contexts that have shaped the participation of Brazilian youth during the past three decades. To understand the social transformations that led youth from the strong "student" identity of the 1960s to the more universalistic "citizen" identity in the 1990s, I explore the reconfigurations of networks of family, study, work, and sociability of Brazilian youth, as well as changes in the network structures of organized groups and their attempts to reach wider social sectors. In the consideration of youthful citizenship, I also point toward a

** New School for Social Research. Artículo elaborado para el XX Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, 7 7-79 de abril de 1997. ce: anfran@msn.com*

reformulation of the concept of "collective identity" -and its relation with social structure or position- questioning the static and deterministic visions that generally accompany such concepts. I suggest that the systematic analysis of interpersonal and organizational networks, together with attention to the "multivalence" of discourse and action, can shed new insight into how political culture is reformulated through the conflictual ambiguity of social interactions.

En agosto de 1992, Brasil fue sacudido por una serie de manifestaciones en demanda de juicio político contra el primer presidente elegido democráticamente en 30 años en el país, quien era

acusado de corrupción. Los principales protagonistas de las protestas eran estudiantes de educación media y superior que se lanzaron en masa a exuberantes marchas organizadas apresuradamente que cerraban las principales avenidas de las ciudades más importantes del país. Los jóvenes, la mayor parte de los cuales no tenía experiencia militante previa, recibieron el nombre de *caras pintadas* debido a su carnavalesco e improvisado gesto de pintarse la cara con los colores de la bandera brasileña.

La entusiasta participación de estos manifestantes tomó por sorpresa al país, donde no hacía mucho se lamentaba la apatía, individualismo y falta de interés político de la juventud de Brasil. De acuerdo con una difundida encuesta realizada en 1992, "a diferencia de sus padres, que deseaban cambiar el mundo, la siguiente generación está más interesada en mejorar su propia vida [...] a los jóvenes de hoy no les interesa ninguna clase de manifestación social. Viven para efectuar sus proyectos personales". Un año después, los medios de comunicación se entusiasmaron con las posibilidades políticas de la juventud y se preguntaban si las manifestaciones de 1992 marcaban el "renacimiento del movimiento estudiantil en el país". Ahora, sin embargo, la identidad que había movilizado a la juventud en los años sesenta era calificada con el término más laxo de ciudadanía democrática. Como señaló el presidente de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), Lindberg Farias, "ahora el movimiento estudiantil es diferente [...] Ha cambiado debido a los propios estudiantes. Se levantaron y comenzaron a descubrir qué es luchar en verdad por la ciudadanía. Esta es una generación con conciencia ciudadana".

Pese a su grandilocuencia, esta afirmación suscita una serie de preguntas fundamentales sobre la formación de la ciudadanía en países en proceso de democratización. En efecto, ¿cómo adquiere "conciencia ciudadana" una cohorte de jóvenes y en qué consiste tal actitud? ¿Por qué surgió con tanta fuerza movilizadora la identidad-categoría "ciudadano" durante las manifestaciones de 1992 en favor del juicio político y de qué modo difería de la "estudiantil" del activismo de los jóvenes de hacia tres décadas? ¿Qué significados y proyectos diferentes y quizá contradictorios fueron imbuidos en el discurso cívico predominante, tanto por los propios jóvenes como por los diversos actores políticos contrapuestos que se sumaron a ellos?

En este ensayo abordo estas cuestiones a través de una comparación histórica de las experiencias de los jóvenes brasileños en las décadas de los sesenta y los noventa, examinando los factores que contribuyeron a la convergencia de la nueva identidad cívica en las manifestaciones de 1992. Basándome en obras recientes de teoría del movimiento social y análisis de redes, propongo una concepción más dinámica de la formación de identidades, capaz de explorar la conflictiva ambigüedad de las interacciones sociales. Examinó tres dimensiones de la formación de una cultura cívica: 1) el potencial de *identidad* de los jóvenes presente en las redes interpersonales y de organización; 2) la fusión de proyectos personales y sociales por medio de "prismas de identidad" polivalentes; y 3) la presencia de interlocutores sociales que construyen puentes articuladores entre diversos actores y sus proyectos en desarrollo.

Identidades, proyectos y redes sociales

Comienzo con un enigma histórico concreto: ¿por qué surge la categoría "ciudadano" como identidad política predominante entre los participantes en las manifestaciones de 1992, en sustitución de la de "estudiante" que había dado aliento a la década de los sesenta? Primero, es necesario reexaminar el problemático tratamiento que se ha dado a las identidades colectivas y su formación en gran parte de la literatura sobre la participación política y los movimientos sociales. Muchas de tales exposiciones se han sustentado en modelos estáticos y deterministas de la influencia social, que van desde las teorías funcionalistas de la asimilación de las normas preestablecidas hasta las concepciones de la elección racional como motor del interés, o bien, en estrechos análisis de clase que reducen la acción y los objetivos de los jóvenes a su posición en las relaciones de producción. Sin subestimar los efectos reales de las normas, los intereses y la posición de clase, requerimos instrumentos más flexibles para captar el dinamismo, el carácter contingente y la multiplicidad de las experiencias culturales y las interacciones sociales.

En obras recientes de análisis del movimiento social se ha intentado emplear el concepto de "identidad colectiva" para tender un puente entre los modelos normativo, instrumental y materialista. Con el propósito de darle un carácter más vinculante (en contraposición con el puramente atributivo), muchos investigadores han recurrido a obras recientes de análisis de redes (White, 1992; Wellman y Berkowitz, 1988; Emirbayer y Goodwin, 1994). Por ejemplo, trabajos de McAdam (1986, 1988) y Gould (1991, 1993a, 1993b) se han centrado en la importancia de los vínculos interpersonales y de organización para el reclutamiento de activistas, así como para la formación de lo que Gould llama "identidades participativas" a las que alude, contingentemente, en casos históricos particulares de movilización social (Gould, 1995: 13).

Sin embargo, sus análisis siguen siendo demasiado estáticos y categóricos y plantean que la identidad preexiste en las relaciones sociales objetivas y que los promotores del movimiento social pueden "apelar" a ella en la búsqueda de solidaridad y compromiso. Además, ambos tratan la identidad ante todo como un asunto de límites sociales, los que definen la pertenencia a (y la solidaridad con) un grupo social. En esencia, lo que falta es una visión de las *identidades como vehículos* de proyectos que *dan dirección a la acción y definición a los grupos*. En mi opinión, es necesario revisar nuestra concepción de manera que resulte visible la *indeterminación, temporalidad y direccionalidad del* proceso de formación de la identidad tal y como ocurre en las interacciones sociales.

La identidad como reconocimiento

El primer paso en esta reconceptualización consiste en potenciar la identidad; lo que solemos denominar identidades (tan a menudo vinculadas con cualidades adicionales de clase, género, raza, nacionalidad, etcétera) en realidad sólo son *posibles* (o "proyecciones" de identidad), laxamente articuladas en repertorios culturales de grupos sociales particulares; éstas sólo se vuelven visibles, efectivas y relativamente "fijas" cuando son reconocidas de modo público, en lo que Pizzorno (1986) ha llamado "círculos de reconocimiento". A medida que se mueve dentro y entre esos círculos -o en lo que también podemos llamar "redes" o, de manera más general, "escenarios de relación"-, la gente pone en acción diferentes dimensiones de las múltiples parcelas de identidad de las que se componen las relaciones sociales. Por consiguiente, lo importante no es tanto la *ubicación*, en un sentido estrechamente estructural, como las experiencias y orientaciones compartidas en una ubicación dada que crean potenciales formas comunes de reconocimiento social.

La identidad como experimentación

También es preciso tomar en cuenta cómo se entrecruza la construcción de identidades colectivas con las dinámicas formativas del curso de la vida. Como han mostrado Erikson (1968) y otros, el de la juventud es un periodo delicado en el que los adolescentes ponen a prueba diferentes expresiones públicas de identidades posibles (pero aún indeterminadas) y buscan reconocimiento en diversos "círculos" (o redes) como la familia, los grupos integrados por sus iguales, la escuela, los centros de trabajo y el medio cultural. Durante ese periodo, forjan compromisos con vínculos sociales y significados compartidos que tendrán un efecto determinante en sus elecciones y en el rumbo que seguirá su vida.

Esa experimentación también puede dar lugar a la aparición, en los términos de Mannheim (1952), de nuevos estilos generacionales, que surgen cuando las experiencias históricas comunes de una generación son sometidas a una reflexión conciente en "grupos concretos", en situaciones históricas de "desestabilización dinámica". El torbellino particular de problemas y reconocimientos que se produce cuando los jóvenes realizan sus primeras incursiones tentativas y experimentales en el escenario público da pie al desarrollo de nuevos estilos de identificación de grupo, de crítica social y de participación política.

La identidad como orientación

Otra deficiencia de la mayoría de las conceptualizaciones de la identidad colectiva es que tienden a concentrarse excesivamente en la creación de *significados* y la formación de límites de las identidades. En cambio, se presta menos atención a su papel como dispositivos *orientadores*, *empleados* por los actores para dar dirección y forma a sus acciones futuras. Las identidades no son simples categorizaciones culturales que por sí mismas brinden estructura y significado a las redes sociales, sino que son movilizadas selectivamente por los actores en concordancia con proyectos en curso que, a su vez, constituyen intentos de solución de conflictos y de creación de oportunidades y carreras futuras (Emirbayer y Mische, 1994).

En otras palabras, mientras experimentan diferentes modalidades de la identidad, los jóvenes no sólo intentan responder a la pregunta "¿quién soy?", sino también a la interrogante "¿a dónde voy?" En muchas ocasiones, las respuestas dadas a un conjunto particular de obstáculos y oportunidades -como se experimentan en escenarios de redes específicos- conllevan una fusión de múltiples proyectos, cristalizados en determinadas identidades sociales; por consiguiente, operan más como prismas polivalentes que como límites rectilíneos, posibilitando así la fusión de proyectos-en-gestación personales y colectivos mediante la interacción dentro y entre redes sociales.

El caso de Brasil: de 1968 a 1992

¿Cómo puede ayudarnos a comprender la dinámica cultural y política de la participación juvenil en la acción colectiva una concepción de la identidad más vinculante y proyectiva? Ahora veremos el caso de Brasil para explorar las razones del cambio de la identidad "estudiantes" por la de "ciudadanos" como participativa fundamental entre la juventud.

Cuando grandes cantidades de jóvenes, principalmente de clase media, salieron en varias ciudades a protestar por la corrupción en el gobierno del presidente Collor de Melo,² la mayoría de los brasileños, incluyendo a los propios jóvenes, fueron tomados por sorpresa. Artículos periodísticos y encuestas de opinión habían dado cuenta del aparente escepticismo y desinterés de la "generación de los centros comerciales", nacida durante la dictadura y criada entre las grandes expectativas y los sucesivos desengaños característicos de la lenta y conservadora transición a la democracia.

Cuando la nueva Constitución de 1988 disminuyó a 16 años la edad legal para votar, sólo alrededor de la mitad de los esperados se empadronó para participar en las elecciones presidenciales de 1989. Una encuesta efectuada por la *Folha de Sao Paulo* varios meses antes mostró que aunque la mayor parte de los jóvenes respaldaban ideales como la "libertad" y la "participación", muchos abrigaban dudas acerca de si las instituciones democráticas brasileñas eran los mejores medios para lograr tales fines.

Debido al predominio de esta percepción de una juventud apática, el inesperado entusiasmo político de los manifestantes se convirtió en objeto de comentarios y debates públicos generalizados. El episodio suscitó comparaciones con la oposición de los años sesenta, época en que un movimiento estudiantil Crecientemente radical comenzó a realizar campañas en pro de la reforma de las universidades. Después del golpe militar de 1964, el movimiento ganó adeptos y cobró impulso con la oposición a la dictadura, hasta que fue brutalmente aplastado, en 1968, con el arresto y/o persecución de la mayoría de sus líderes (muchos de los cuales se unieron más tarde, en los años setenta, a grupos clandestinos de resistencia armada). No es casual que las manifestaciones de 1992 contra Collor ocurrieran al finalizar una miniserie de televisión muy popular (llamada "Años rebeldes") que describía románticamente el movimiento de 1968.

Sin embargo, la romántica rememoración de 1968 tendía a opacar las fuertes diferencias que había no sólo entre ambas movilizaciones, sino también entre los escenarios de relación en los que

ambas cohortes de jóvenes transitaban a la edad adulta. Mi postura es que el primer periodo, de 1960 a 1968, fue un crisol de "concentración de identidad" en el que la poderosa categoría-identidad "estudiante" hizo las veces de prisma para múltiples dimensiones de los incipientes proyectos de los jóvenes, dentro de una creciente dinámica de radicalización de la oposición política. Esto no obedeció a ninguna lógica interna o "destino histórico" de los estudiantes como categoría social; fue resultado de la estructura particular de sus redes sociales concentradas, principalmente, en la familia y la universidad.

En contraste, el periodo posterior de la transición democrática, de 1980 a 1992, se caracterizó por la creciente dispersión de las redes de relación entre los jóvenes, cuyos años formativos de experimentación de identidades no transcurrieron únicamente en la familia y la universidad, sino que tuvieron lugar en contextos sociales, culturales y políticos más diversos, que abarcaban, a su vez, un campo más amplio de proyectos personales y colectivos posibles (y a veces contrapuestos). El resultado fue que la categoría "estudiante" dejó de poseer la multivalencia necesaria para servir como prisma para la diversidad de proyectos-en-gestación que caracterizaban a la juventud de los noventa.

Concentración de la identidad: los años sesenta

La creciente fuerza de la categoría "estudiante" puede verse en una serie de movimientos realizados por los jóvenes en y entre redes en medio de los cambios sociales de los años sesenta. En la tabla 1 se resumen las principales redes (o escenarios de relación) de la juventud de clase media de dicha década, así como algunos de los proyectos personales y colectivos que podían conjugarse en la polivalente identidad "estudiante".

A principios de los años sesenta, en un periodo de optimismo económico y crecimiento de la clase media, el elitista sistema de universidades públicas presenció el ingreso de alumnos de primera generación a menudo pertenecientes a familias inmigrantes de primera o segunda generación. En un perspicaz estudio sobre los jóvenes de la Universidad de Sao Paulo (USP) realizado en 1962, la socióloga brasileña Marialice Foracchi muestra la forma en que la ambigüedad de la identidad-categoría "estudiante" le permitió funcionar como vehículo tanto de los planes de ascensión social de las familias como del cuestionamiento de los estudiantes a las expectativas familiares y la formación de "proyectos de carrera" alternativos que expresaban mejor su deseo de autonomía y participación en el contexto del desarrollo nacional de Brasil.

Tabla 1

Prisma de identidad (1968)

Escenarios de relación	Identidad	Proyectos personales y colectivos
Familia	Estudiante	- Ascenso familiar / de clase
Universidad		- Independencia personal, autonomía
Movimiento estudiantil		- Participación social y política
Política nacional		- Modernización y desarrollo
Cultura juvenil global		- Reforma universitaria - Oposición al imperialismo Revolución socialista - Liberalización sexual/ cultural

A medida que los jóvenes pasaban de la familia al escenario de relación de las universidades, la identidad estudiantil se fue invistiendo de significados nuevos y, hasta cierto punto, autónomos. Conforme afrontaban las dificultades planteadas por las inadecuadas condiciones educativas de las universidades brasileñas (mal equipadas para asimilar el repentino ingreso de muchachos de clase media), muchos tomaron parte en las huelgas estudiantiles y los comités de profesores y

alumnos en pro de la reforma que proliferaron en Brasil a principios de los años sesenta, una experiencia que para muchos constituyó el punto de partida para una crítica social y un compromiso político más profundos. Durante la década de los sesenta, estos centros fueron los principales espacios de intercambio político, intelectual y cultural y proporcionaban un vasto conjunto de círculos de reconocimiento para los jóvenes. De acuerdo con la socióloga Helena Abramos

casi toda la vida cultural y conductual de la juventud, aun cuando no participara en el movimiento estudiantil, estaba constituida y se expresaba en el espacio de la universidad: desde los debates sobre el existencialismo hasta el *bossa nova*; desde el proyecto de los CCP (Centros de Cultura Popular) de la UNE (Unión Nacional de Estudiantes) para establecer una cultura nacional hasta los festivales musicales y el tropicalismo universitarios. Eran culturas y estilos de vida identificados con el medio universitario, vividos por estudiantes universitarios (Abramo, 1992: 85).

Cuando el optimismo populista de principios de los años sesenta fue abruptamente desinflado por el golpe militar de 1964, el movimiento estudiantil (y su correspondiente identidad-categoría) adquirió una nueva forma de reconocimiento social. Durante los primeros años de la dictadura, las universidades se convirtieron prácticamente en los únicos espacios donde todavía quedaba una oposición organizada muy visible. Aunque la oficina de la UNE había sido allanada e incendiada, y la propia organización prohibida, el movimiento siguió cobrando impulso durante los años sesenta. Como señaló un líder estudiantil "es más fácil convencer ahora a un estudiante de que debe oponerse a la dictadura que convencerlo antes de que debía estar contra el capitalismo" (Foracchi, 1982: 63).

El reconocimiento social y el aprendizaje derivados de las manifestaciones masivas y los enfrentamientos con la policía agudizaron tanto la crítica al Estado militarista (y sus vínculos con el imperialismo capitalista) como la poderosa autoidentificación de los estudiantes como "sujetos de la historia" comprometidos con "proyectos de transformación social" revolucionarios, argumentos políticos cuyas raíces culturales se encuentran en el catolicismo radical y el socialismo humanista de principios de los años sesenta. Además, el movimiento estaba imbuido de la mezcla de utopía política, liberalización cultural y estrictos principios morales característicos del movimiento estudiantil global que se desarrollaba en todo el mundo.

En suma, los contextos interpersonales, ideológicos y políticos de los años sesenta, como los experimentaban los jóvenes, principalmente en la familia y la universidad, dotaron a la identidad pública "estudiante" de múltiples significados capaces de vertebrar diversos proyectos-en-gestación. La "actualización" (para emplear el término de Mannheim) de esta identidad y su capacidad de simbolizar un naciente "estilo generacional" de participación política no era estructuralmente inherente a la familia, clase o condición generacional de los estudiantes, sino que dependía de los procesos de aprendizaje social que tuvieron lugar en varios "círculos de reconocimiento" en el curso de la década, los que condujeron a la creciente radicalización de lo que en un principio había sido una identidad social relativamente restringida.

Dispersión de la identidad: los años noventa

Los jóvenes de finales de los años ochenta y principios de los noventa tienen una configuración de potencial de identidad muy diferente a la de sus contrapartes de los sesenta, debido a los profundos cambios verificados en los escenarios de relación en el curso de las décadas intermedias. Un cambio crucial es que la universidad -y, por tanto, el movimiento estudiantil- ha dejado de ser el centro de la vida cultural y política. Con la crisis de la izquierda marxista, la desaparición de la dictadura como factor unificador y la apertura de espacios alternativos para la participación cívica, el movimiento estudiantil ha perdido el monopolio de la movilización de la juventud. Los adolescentes pasan ahora los años de formación de la identidad en redes sociales más dispersas formadas en escuelas públicas y privadas, centros de trabajo, barrios, grupos eclesiásticos, centros comerciales, salones de baile y actividades culturales.

Estudios recientes (Madeira, 1986; Abramo, 1992; Costa, 1993; Sposito, 1994) han confirmado esta diversificación de la experiencia de la adolescencia; en particular, la ampliación de la "cultura juvenil" a los muchachos pobres y de la clase obrera. De acuerdo con Felícia Madeira, los años setenta y ochenta trajeron consigo "una serie de modificaciones que [...] extendieron la identidad juvenil a una parcela más grande de la sociedad", entre las que destacan la monetarización y rejuvenecimiento de la fuerza laboral, el incremento de las oportunidades de estudio, la penetración de la comunicación de masas y la generalización del sistema de crédito, que facilitó a los más pobres el acceso a los bienes de consumo (Madeira, 1986). Así, "ser joven" ya no equivale a ser estudiante puesto que esta identidad va más allá del medio universitario de clase media y conlleva otros significados, estrechamente vinculados con los estilos de consumo y culturales, incluyendo expresiones culturales surgidas en las periferias urbanas, como los grupos de rap y *funk*.

Al mismo tiempo, la universidad también ha sufrido un proceso de diversificación. Entre 1971 y 1991, el número de estudiantes matriculados en instituciones de educación superior casi se triplicó y pasó de 561 mil 397 a un millón 565 mil 56, aunque el crecimiento se estancó en los años ochenta (Durham, 1993: 8). La excesiva demanda, que comenzó a sentirse a fines de los sesenta, fue absorbida en gran parte por el sector privado, mediante facultades aisladas más que con universidades centralizadas. En 1990, 749 de las 918 instituciones de educación superior eran facultades aisladas y, de ellas, 542 eran de propiedad privada (Durham, 1993: 10). Las universidades públicas también fueron descentralizadas, como lo ejemplifica el desmantelamiento de la Facultad de Filosofía de la USP -escenario durante la década de los sesenta de una intensa actividad política y cultural- y su sustitución por las fragmentadas y aisladas facultades de la Ciudad Universitaria, las que desalientan con su disposición física la actividad política organizada.

Entre los universitarios las redes de trabajo, estudio y sociabilidad también han sido crecientemente disgregadas. En un trabajo reciente sobre estos estudiantes de las regiones de Sao Paulo/ Campinas, realizado por Ruth Cardoso y Helena Sampaio, del Nucleo de Estudos de Ensino Superior de la USP, se encontró que más de la mitad de la muestra trabajaba fuera de las universidades, una característica en la que se cruzan atributos como la clase social y el género (Cardoso y Sampaio, 1994). Además, 48% socializaba más frecuentemente con amigos conocidos fuera de la institución, mientras que 26% lo hacía con gente tanto de dentro como de fuera de la facultad y sólo 12% tenía una clara preferencia por estudiantes conocidos en el contexto universitario.

Es interesante comprobar que estas preferencias variaban de acuerdo con el grado de centralización o aislamiento de la facultad: en las universidades públicas 20% socializaba con amigos de la facultad, tasa que disminuía a 12% en las facultades aisladas y a 5% en las instituciones privadas. Esta diversificación de las redes de educación, laborales e interpersonales expone a los jóvenes a variadas influencias y presiones y exige cierta habilidad para coordinar y segmentar sus distintos compromisos.

Entre los sectores de la juventud más organizados políticamente ha habido también un notable incremento de la complejidad de las redes de participación social y política, aunque éstas siguen siendo densas y están estrechamente entrelazadas. Los grupos con inclinaciones políticas no están constreñidos a los foros tradicionales del movimiento estudiantil, pues ahora disponen de muchas otras formas alternativas de activismo para elegir, incluyendo una amplia gama de partidos políticos, movimientos sociales, organismos no gubernamentales (ONG), grupos religiosos, sindicatos y asociaciones de vecinos o profesionales. Desde su reaparición en las manifestaciones en favor de la democracia de fines de los setenta, el movimiento estudiantil brasileño ha estado inmerso en un conflictivo proceso de reconstrucción, aunque permaneció al margen en los ochenta y estuvo dominado por disputas partidistas.

Durante ese periodo, la Pastoral Juvenil de la iglesia católica comenzó a ganar influencia al concentrarse en las esperanzas y frustraciones de los jóvenes de las comunidades más pobres, y formó destacados líderes de los movimientos sociales y los partidos políticos. Ahora están surgiendo nuevos grupos, desde movimientos de jóvenes negros y homosexuales hasta asociaciones de promociones estudiantiles y empresas de jóvenes, que deben gran parte de su éxito a su capacidad para conectarse con los proyectos personales y sociales más especializados de los jóvenes. En la nueva arena pública pluralista de Brasil, muchos activistas pertenecientes a diversos contextos interpersonales, de organización, partido y movimiento se conocen entre sí, lo que genera nuevos conflictos y oportunidades con la sobreposición de diferentes proyectos y modalidades de intervención social. Estas tensiones permean hoy el campo de la política juvenil e influyen en los procesos de comunicación y establecimiento de alianzas entre las organizaciones, así como en los intentos de interesar a más jóvenes en la participación política organizada.

En resumen, no sólo las redes sociales de los jóvenes están más dispersas sino también, correspondientemente, los posibles escenarios (y contextos culturales-ideológicos) en los que pueden articularse las identidades y los proyectos-en-gestación. Durante la pasada década de transición democrática, el proceso de dispersión de la identidad se combinó con la incertidumbre y las frustraciones provocadas por la situación política y económica. Los jóvenes han atestiguado el confuso carácter, plagado de escándalos, del retorno a un régimen civil multipartidista, junto con las contradicciones de un discurso democrático formal (que incluye una nueva Constitución) emparejado con los vestigios del autoritarismo, particularmente visible para los estudiantes en la resistencia que enfrenta la creación de "*gremios livres*" en las escuelas y en la violenta represión de las huelgas de maestros realizadas afines de los años ochenta.

Además, sufrieron la ansiedad generada por la inflación crónica y la recesión económica, que coartaban por igual las aspiraciones de los jóvenes pobres y las de los de clase media. Conjugados, esos factores contribuyeron a crear una actitud muy ambivalente frente a la política, un escepticismo respecto del cambio impulsado por las instituciones y una tendencia a la parálisis política. Esta ambivalencia, sin embargo, no implica necesariamente que los jóvenes de principios de los años noventa fueran acrílicos o apáticos; significa, más bien, que no había habido "espacios" centralizadores o identidades públicas unificadoras capaces de transformar en acción colectiva su frecuentemente agudo criticismo.

Sin embargo, aún estaba presente el potencial de movilización para la protesta social: las simpatías, la indignación y el entusiasmo de los jóvenes podían desencadenarse inesperadamente con la ayuda de los medios de comunicación y las redes integradas por sus iguales, como lo demostraron las manifestaciones de agosto de 1992; de hecho, la repentina y engañosamente espontánea naturaleza de éstas podría respaldarla tesis de Granovetter (1973) acerca de la "fuerza de los vínculos débiles": la débil y múltiple naturaleza de las identidades juveniles, diseminadas en redes sociales dispersas y reflejadas en las condensadas y resonantes imágenes de los medios de comunicación, hizo posible que la información y el entusiasmo por las próximas manifestaciones se difundieran con rapidez y llegaran a muchos más jóvenes de los que, por lo común, son movilizados en aquellas organizadas en las densas redes de activismo de la izquierda.

Proyectos de ciudadanía y campos de organizaciones múltiples

Sin embargo, este breve análisis de los cambios en las configuraciones de la identidad de las dos cohortes de jóvenes no explica por sí mismo las movilizaciones de 1992 ni el particular dinamismo de la categoría "ciudadano" en ese punto del tiempo. Aún queda por dilucidar qué identidades unificadoras serían capaces de enlazar los escenarios de relación dispersos y de proporcionar un sentido de proyecto y dirección comunes. Si la categoría "estudiante" ya no posee el mismo potencial movilizador, ¿qué identidades alternativas podrían proporcionar la polivalencia necesaria para vincular experiencias y orientaciones tan diversas? Mi argumento en este apartado es que durante las manifestaciones contra Collor la identidad-categoría "ciudadano" empezó a cumplir ese papel, aunque a menudo con contradicciones, tal y como está siendo articulado actualmente por diversos actores con proyectos contrapuestos para el futuro de Brasil.

Una gran diferencia entre las movilizaciones juveniles de 1968 y las de 1992 es que las primeras tuvieron lugar en un terreno político dominado por la polarización entre el Estado militarista y la oposición estudiantil. En 1992, por el otro lado, los jóvenes fueron los principales actores de una movilización mucho mayor de la sociedad civil y política contra el gobierno de Collor. Tras el descubrimiento de un vasto círculo de tráfico de influencias encabezado por el antiguo jefe de campaña de Collor, el gobierno se vio crecientemente aislado conforme cobraba ímpetu en la prensa y los partidos de oposición la demanda de moralidad pública, en lo que constituyó una prueba para los incipientes procedimientos democráticos de rendimiento de cuentas en Brasil. Esto, a su vez, se alimentaba de una profunda acumulación de frustración provocada por la corrupción y el clientelismo crónicos del sistema político. En este clima, la entusiasta participación de los jóvenes en las manifestaciones de protesta organizadas a toda prisa (y encabezadas por el movimiento estudiantil, patrocinadas por organizaciones cívicas y partidos políticos y promovidas por la prensa más importante) no era precisamente "independiente" o "espontánea" sino que, de hecho, contaba con un amplio respaldo oficial y no oficial de actores que pretendían obtener alguna ventaja política local de esa movilización inusitadamente fuerte (tabla 2).

Tabla 2

El campo de organizaciones múltiples (1992)

Campos de organizaciones	Proyectos políticos
Organizaciones estudiantiles UNE, UBES, UMES, etc.	<ul style="list-style-type: none"> - reconstrucción como voz legítima de la población estudiantil - luchas por la matrícula, la democratización de la educación, la participación estudiantil - oposición al gobierno / políticas neoliberales de Collor
Facciones en el movimiento estudiantil: PT, PCDOB, MR8, PSDB anarquistas e independientes	<ul style="list-style-type: none"> - control de las organizaciones estudiantiles - promoción de los programas / proyectos de los partidos políticos - reclutamiento de miembros
Partidos políticos: PMDB, PSDB, PFL, PDS, PT, PDT, PCDOB, etc.	<ul style="list-style-type: none"> - campañas para elecciones locales / estatales - obtención de legitimidad/autoridad moral - apoyo/oposición a políticas sociales y económicas específicas
Principales medios: Globo, <i>Folha</i> , <i>Veja</i> , etc.	<ul style="list-style-type: none"> - captar mercado juvenil - presentación/promoción de espectáculos públicos - control/integración de protestas políticas - oposición al gobierno de Collor - apoyo a la liberalización económica - defensa de la expresión autónoma
Profesionalitas liberales e intelectuales	<ul style="list-style-type: none"> - oposición a Collor - fortalecimiento de las instituciones democráticas - estabilización económica - reforma social (en diversos grados)
Actores del Estado: Funcionarios locales, estatales, federales, militares, fuerzas policiales	<ul style="list-style-type: none"> - mantenimiento del orden público - obtención de ventajas electorales - luchas gubernamentales intestinas

Frente a esta multiplicidad de núcleos de formación de proyectos, el discurso político que logró articular una amplia alianza contra el gobierno de Collor fue el del "Movimiento por la ética política"; éste, centrado en la defensa de los procedimientos de un sistema democrático pluralista con responsabilidad pública, consiguió mantener la unidad sólo en la medida en que dejó en suspenso

la definición, mucho más controvertida, del rumbo social y económico del país. En este sentido, los jóvenes manifestantes participaban -al menos en abstracto- no como radicales o conservadores, socialistas o liberales, miembros de partidos políticos o aun como "estudiantes", sino como "ciudadanos-en-gestación" que procuraban liberar a la democracia-en-gestación de un legado de corrupción e irresponsabilidad pública. Este vuelco hacia el discurso universalista de la ciudadanía es patente en las declaraciones de uno de los destacados líderes de ese periodo, perteneciente a la asociación de estudiantes de la facultad de Derecho de la USP:

El movimiento estudiantil recobra su papel político, representando los intereses de los estudiantes, reencontrando vías para concretizar la ciudadanía en el país. El enjuiciamiento político del presidente es una cuestión de honor para cualquier ciudadano decente, con independencia de su ideología. La instauración de la ética en la política, no como un privilegio sino como condición básica para la democracia, será el verdadero parteaguas de la historia brasileña (Marco Aurelio Chagas Martonelli, 1 5/8/92).

Estos discursos cívicos, a pesar de sus pretensiones universalistas, no están predeterminados ni tienen un sentido único; por el contrario, están sujetos a la misma clase de modulaciones múltiples que la categoría "estudiantes" en los años sesenta. Esto es lo que permitió que actores tan diversos como los militantes comunistas, los intelectuales liberales, los políticos conservadores y los comandantes militares proclamaran con entusiasmo la "nueva ciudadanía" de los jóvenes manifestantes. Por ejemplo, el coronel Erasmo Dias, ex jefe de seguridad en Sao Paulo y responsable de la violenta represión de las ocupaciones estudiantiles de los años setenta, expresó un apoyo sorprendentemente categórico al movimiento:

La sociedad necesita unirse para decir "basta" a la criminal actividad del gobierno federal. El pueblo indignado debería tomar Planalto (la sede del gobierno) como tomó La Bastilla.

Sin embargo, Dias se apresuró a desactivar el potencial político del movimiento desacreditando cualquier vínculo entre las manifestaciones y grupos políticos organizados:

Esos grupos, de cuya probidad tengo dudas, ya no tienen fuerza para organizar nada (*Estado de Sao Paulo*, 8/24/92).

Con parecido talante, los principales medios de comunicación, que en general apoyan la liberalización económica y están ligados a importantes redes financieras y políticas, pusieron énfasis en la naturaleza no partidaria del movimiento, la falta de experiencia política y la espontánea indignación de los jóvenes, como lo demuestra este pasaje de un destacado semanario:

En verdad, la práctica totalidad de los estudiantes que tomaron la Avenida Paulista no pertenece a ningún partido y nunca en su vida había participado en una manifestación política. Marcharon, y seguirán marchando, simplemente porque no aceptan que el país sea asaltado por la corrupción y la impunidad (Veja, 9/9/92).

Por otro lado, los militantes de los partidos de oposición, muchos de ellos antiguos líderes estudiantiles, veían en la nueva "ciudadanía" el renacimiento en los jóvenes de una conciencia política crítica de más amplio espectro y la posible revitalización de la actividad estudiantil organizada. De acuerdo con Jose Dirceu, diputado federal del Partido de los Trabajadores (PT) y destacado líder estudiantil en 1968,

[Las audiencias sobre la corrupción] revelaron a los jóvenes una cruel situación: el estado de descomposición moral de nuestras élites y los signos de disgregación social que enfrenta nuestro país. Los jóvenes reaccionan con indignación y exigen castigo, apoyan el enjuiciamiento político y son el detonador de, la movilización nacional contra Collor [...] Sincronizándose con la

juventud, y desempeñando un papel importante en las manifestaciones en pro del enjuiciamiento, el movimiento estudiantil puede reorganizarse y asumir su papel político institucional (*Folha de Sao Paulo*, 8/15/ 92).

Asimismo, los líderes de las organizaciones estudiantiles, al tiempo que se afanaban en parecer apartidistas y ampliamente "representativos" de diversos sectores de la juventud, proclamaban la aparición de una nueva "politización" de los estudiantes que expresaba su deseo de participación democrática. Según Lindberg Farias, presidente de la UNE,

estos jóvenes están politizados. Fueron los primeros en salir a las calles a defender el enjuiciamiento. Esta es una bandera extremadamente politizada. La politización de los jóvenes se da en el proceso, en las calles, en su deseo de participar. Es ahí donde aprenden a recuperar los valores democráticos (*Folha de Sao Paulo*, 8/31 /92).

En agudo contraste con la indignación políticamente minimalista y puramente "ética" de los comentaristas más conservadores, un volante publicado por la UNE -dirigida por facciones relacionadas con el Partido Comunista de Brasil (PCDOB) y el PT-pretendía vincular la participación de los estudiantes "como ciudadanos" con una crítica de mayor alcance a la injusticia social, la crisis económica y la política neoliberal del gobierno de Collor:

La irreverencia y la rebeldía se apoderaron de las calles. Con las caras pintadas, los jóvenes demostraron que están dispuestos a

construir un país diferente, libre de esta banda de criminales que tomaron por asalto el Palacio de Planalto [...] [La] crisis es más profunda que la falta de ética, moral y buenas costumbres; amenaza la existencia del país, de sus instituciones, de cada uno de nosotros [...] es hambre, recesión, erosión de los salarios, desempleo e impunidad. En un país de abundancia, donde el pueblo y la juventud están casi sofocados, se hace todo para mantener el plan neoliberal y la política de desmantelamiento del Estado [...] La característica rebeldía de la juventud sigue en pie; la capacidad de rebelión frente a la injusticia (volante de la UNE/UBES, 8/92).

Este breve paseo por los diferentes discursos sobre la ciudadanía que aparecieron tras las manifestaciones de agosto de 1992 muestra el modo en que la categoría "ciudadano" sirvió, por su ambigua universalidad, como prisma para diversos proyectos políticos, de manera parecida a la función que cumplió la categoría "estudiante" en los años sesenta. No obstante, los significados y orientaciones tan diferentes que, en el complejo terreno político de la década de los noventa, podían conjugarse en la identidad de "ciudadano" ponen de manifiesto la brecha política que separaba a muchos de esos actores entre sí y de los estudiantes a los cuales pretendían proporcionar identidad y orientación.

Interlocutores sociales y multiplicidad de identidades

Por último, veremos en qué forma es posible sortear tales distancias sociales y cómo, en ese proceso, pueden reformularse contingentemente las identidades y repertorios políticos. Para comprender este proceso es necesario examinar un factor adicional: el papel de ciertos interlocutores sociales que poseen múltiples identidades públicas y, por ello, se encuentran en una posición única para erigir "puentes articuladores" entre actores pertenecientes a distintas redes y que tienen proyectos en marcha.

Para entender cómo se forman tales puentes, es útil retomar el concepto de Pizzorno de "círculos de reconocimiento". Como afirmé con anterioridad, las identidades no se tornan visibles a menos que sean reconocidas por otros en redes sociales particulares. En todo momento hay numerosas

dimensiones estructuralmente equivalentes de las relaciones y, por lo tanto, tipos potenciales de vínculos categóricos (o de identidades), que permanecen inarticuladas, sin reconocimiento y, por consiguiente, básicamente invisibles en el nivel superficial de las interacciones públicas. El teórico de las redes Ronald Burt (1992) ha denominado "hoyos estructurales" a esta falta de vínculos entre las redes, y yo sostengo que este concepto puede aplicarse a una *discontinuidad entre las identidades que*, en primera instancia, podría parecer inhibitoria de la acción conjunta.

Entonces, ¿qué clase de personas pueden ser "puentes" eficaces? Precisamente aquellas capaces de reunir (y usar con iniciativa) múltiples *identidades y propiciar* de ese modo múltiples reconocimientos entre una diversidad de redes (o círculos) sociales diferentes. Gracias a su capacidad de ser "vistos" en diversos escenarios de relación, estos actores logran sacar a la luz oportunidades de acercamiento y acción conjunta entre distintos grupos, contribuyendo así a la articulación de proyectos y la negociación de alianzas entre conjuntos de actores que, de otra manera, nunca reconocerían los posibles beneficios que comportaría la coordinación de sus esfuerzos. Este efecto de acercamiento no obedece, en este caso, a que haya una identidad compartida o una correspondencia directa entre los grupos puestos en conexión, sino al hecho de que *la gente desconectada reconoce diferentes dimensiones de sí misma (y de sus proyectos) en la persona que tiende el puente*. Por este motivo, esos vínculos siempre son ambiguos, experimentales y, en ocasiones, contradictorios y/o efímeros. Como otras figuras de "intermediación", estos interlocutores suelen obtener algún tipo de beneficio personal en estas negociaciones entre grupos, aunque a menudo se presenta en la forma inmaterial del liderazgo, el estatus social y otras modalidades de "reconocimiento" personal en las diversas redes que contribuyen a conectar.

En el contexto de los movimientos sociales de Brasil, el frecuente fenómeno de la "militancia múltiple", como el de los jóvenes que al mismo tiempo son líderes de partidos políticos y del movimiento estudiantil, desempeña un papel fundamental en el establecimiento de puentes. A pesar de la constante proclamación de la "autonomía" del movimiento social y las continuas protestas contra la "partidización" de los movimientos, las redes de liderazgo están en realidad densamente entreteljadas. Las facciones que conforman el movimiento estudiantil están estrechamente ligadas a partidos y facciones de izquierda. Esto ha tenido consecuencias negativas en el movimiento y ha contribuido al desencanto de muchos jóvenes no alineados y "apolíticos" con la política estudiantil organizada, así como a una amplia desconfianza ante las asociaciones estudiantiles centralizadas, como la UNE, cuya larga historia de organización de los estudiantes data de los años treinta. Estos sólidos vínculos entre las redes -sustentados en la estrecha identidad del "militante"- agudizaron la marginalidad del movimiento estudiantil y su falta de atractivo para la mayoría de la población joven en sus redes sociales más dispersas (figura 1).

Sin embargo, durante la movilización en favor del enjuiciamiento político de Collor entró en escena un nuevo y carismático interlocutor, capaz de emplear tanto sus fuertes vínculos con las organizaciones del movimiento estudiantil y la izquierda como sus vínculos implícitos con la población juvenil en general. Con la avalancha de atención prestada por los medios de comunicación a las manifestaciones de 1992, Lindberg Farias, presidente de la UNE en esa época, fue catapultado a la condición de héroe pop. Lindberg, como era conocido popularmente, era también militante del PCDOB, cuya facción juvenil había ganado el control de la UNE en los últimos años. Debido precisamente a sus múltiples identidades públicas, Lindberg era la figura ideal para intentar establecer un vínculo entre el movimiento estudiantil tradicional, los proyectos de la izquierda y las diversas identidades-en-gestación de la "generación de los centros comerciales".

Figura 1 Interlocutores sociales (1992)

Aunque era hijo de activistas políticos, un socialista autoproclamado y un militante comunista de larga data, su apostura y vocabulario juvenil ayudaron a proyectarlo fuera del ghetto del activismo y le permitieron aparecer en las manifestaciones (y en los medios de comunicación) como una figura amable en la que los jóvenes de clase media podían reconocer sus propias experiencias y aspira-

ciones. Durante las manifestaciones, Lindberg dejó de lado a propósito su orientación socialista argumentando: "como presidente de la UNE, represento los intereses de los estudiantes brasileños y tengo posiciones más amplias". En las marchas, así como en innumerables entrevistas, abrazó su papel de constructor de puentes enfatizando la convergencia de diversos sectores de la juventud:

Teníamos rostros diversos. [Había] Desde aquellos que vestían camisetas con la imagen del Che Guevara hasta los *frecuentadores de los centros comerciales, estudiantes de posgrado becados junto a fanáticos del heavy-metal y patinadores en tabla*. Todo el mundo, revuelto, demandando el enjuiciamiento del *presidente*. Era el grito airado de la juventud que cree en el cambio de Brasil.

Debido a su capacidad para concretar reconocimientos entre distintas redes personales y de organizaciones, Lindberg sirvió como puente no sólo entre los sectores de la juventud citados, sino también entre esos jóvenes y otros sectores sociales y políticos. La figura 1 muestra esquemáticamente los sectores sociales aislados que Lindberg Farias unió a la manera de un prisma durante el enjuiciamiento.

Conclusiones

La profundidad de la influencia que las manifestaciones de 1992 en favor del enjuiciamiento político de Collor tuvieron en los jóvenes participantes, así como en el desarrollo de una cultura cívica democrática en Brasil, aún está por verse. Después de las manifestaciones, los jóvenes volvieron a sus escuelas y redes integradas por sus iguales; algunos, más que antes, intentaron unirse al movimiento estudiantil organizado, pero la mayoría no lo hizo. Aunque no puede decirse que las manifestaciones "causaron" el juicio político del presidente Collor, sin duda alguna contribuyeron a impulsarlo. Y, lo que es todavía más importante, ayudaron a generar el dramático momento de diálogo público en el que el discurso y los repertorios de la cultura cívica podían reconfigurarse.

Mi argumento ha sido que la acción de acercamiento derivada del concepto de ciudadanía y promovida por interlocutores tan destacados como Lindberg Farias operó en múltiples direcciones: ayudó a dar identidad y orientación a los jóvenes que participaron en las manifestaciones en pro del juicio político de Collor y contribuyó a la reformulación de los discursos y proyectos de la izquierda (y quizá también de la derecha), que se afanaba por ganarse la lealtad de una cohorte cuya estructura de vínculos y proyectos era muy diferente. Lindberg, por supuesto, no estaba solo; los cambios en el discurso de la izquierda brasileña venían ocurriendo desde hacía tiempo, como parte de un doloroso diálogo interno provocado por las transformaciones acontecidas en Europa del Este. Pero la gran visibilidad pública de Lindberg, en medio del intenso clima de indignación, agitación y debate públicos, creó un círculo polivalente de reconocimiento en el que los proyectos políticos, en proceso de reformulación estratégica, podían acercarse a "públicos" potenciales mucho más amplios. Estos puentes entre las identidades, vistos a través del ambiguo discurso de la "ciudadanía", sirvieron para poner en contacto redes de activistas y de otros grupos homogéneos que de otro modo habrían permanecido aisladas, favoreciendo así tanto la acción colectiva como los usos políticos contradictorios que se le dieron posteriormente. Esto, a su vez, abrió la posibilidad de reconstituir las identidades políticas e incorporarlas a nuevas formas de participación política, especialmente entre los jóvenes que pasaban por su primera experiencia formativa de participación cívica.

Notas

1 Encuesta realizada por la agencia de publicidad McCann-Erikson, como parte de una descripción más amplia de la juventud de América Latina. Publicada en *Jornal da Tarde*, 5/30/91

2 Según las estimaciones oficiales de la policía, las primeras manifestaciones en pro del enjuiciamiento político de Collor, realizadas el 11 de agosto, movilizaron diez mil personas en

San Pablo, principalmente estudiantes de educación media y superior. Después hubo una oleada de manifestaciones en varias ciudades brasileñas, entre ellas, Río de Janeiro, Brasilia y Salvador, que congregaron entre 20 mil y 40 mil manifestantes. El movimiento en favor del juicio político culminó el 25 de agosto con una gran manifestación que movilizó más de 200 mil personas en San Pablo.

Referencias bibliográficas

Abramo, Helena Wendel (1992). "Grupos Juvenis dos Anos 80 em São Paulo: Um Estilo de Atuação Social", tesis de maestría, Universidad de San Pablo.

Abramo, Helena Wendel (1994). *Cenas Juvenis: Punks e Darles no Espectáculo Urbano*, San Pablo: Editora Página Aberta.

Burt, Ronald (1992). *Structural Holes: The Social Structure of Competition*, Cambridge: Harvard University Press.

Cunha, Luiz A. (1983). *A Universidade Crítica*, Río de Janeiro: Francisco Alves.

Cardoso, Ruth, y Helena Sampaio (1994). "Estudantes en Revista Brasileira de Ciências Sociais, núm. 26.

Costa, Marcia Regina (1993). Os "Carecas do Subúrbio", en *Vozes*, Río de Janeiro.

Durham, Eunice Ribeiro (1993). "O Sistema Federal de Ensino Superior: Problemas e Alternativas", en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, núm. 23.

Emirbayer, Mustafa, y Jeff Goodwin (1994). "Network Analysis, Culture, and Agency", en *American Journal of Sociology*, núm. 99.

Emirbayer, Mustafa, y Ann Mische (1994). "What is Agency?", trabajo presentado en la Conference of the American Sociological Association, 5-9 de agosto de 1994, Los Ángeles.

Erikson, Erik (1968). *Identity: Youth and Crisis*, Nueva York: W. W. Norton.

Foracchi, Marialice (1977). *O Estudante e a Transformação da Sociedade Brasileira*, San Pablo: Companhia Editora Nacional.

Foracchi, Marialice (1982). *A Participação dos Excluídos*. San Pablo: Editora Hucitec.

Gould, Roger (1991). "Multiple Networks and Mobilization in the Paris Commune, 1871", en *American Sociological Review*, núm. 56.

Gould, Roger (1993a). "Trade Cohesion, Class Unity, and Urban Insurrection: Artisanal Activism in the French Commune", en *American Journal of Sociology*, núm. 98.

Gould, Roger (1993b). "Collective Action and Network Structure", en *American Sociological Review*, núm. 58.

Gould, Roger (1995). *Insurgent Identities: Class, Community, and Insurrection in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago: Chicago University Press.

Granovetter, Mark (1973). "The Strength of Weak Ties", en *American Journal of Sociology*, núm. 78.

Lima, Haroldo, y Aldo Arantes (1984). *História da Acção Popular: Da Juc ao PCDOB*, San Pablo: Editora Alfa-Omega.

Madeira, Felicia (1986). "Jovens e as Mudanças Estruturais na Década de 70: Questionando Pressupostos e Sugerindo Pistas", en *Cadernos de Pesquisa* 58, San Pablo: Fundação Carlos Chagas.

Mannheim, Karl (1952) [1928]. "The Problem of Generations", en *Essays on the Sociology of Knowledge*, trad. de Keckemeti, Nueva York: Oxford University Press.

Martins Filho, Joao Roberto (1987). *Movimento Estudantil e Ditadura Militar: 1964-1968*, Campinas, San Pablo: Papirus.

Martins Filho, João Roberto (1994). "Os Estudantes e a Política no Brasil (1962-1992)", en *Teoria e Pesquisa* 10, Centro de Educação e Ciências Sociais, Universidade Federal de São Carlos.

McAdam, Doug (1986). "Recruitment to High Risk Activism: the Case of Freedom Summer", en *American Journal of Sociology* núm. 92.

McAdam, Doug (1988). *Freedom Summer*, Nueva York: Oxford University Press.

Universitarios e o Trabalho",

Melucci, Alberto (1994). "The Process of Collective Identity", en H. Johnston y B. Klandermans (eds.), *Social Movements and Culture*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

Mische, Ann (1996a). "Projecting Democracy: The Formation of Citizenship Across Youth Networks in Brazil", en Charles Tilly (ed.), *Citizenship, identity and Social History*, Cambridge, RU: Cambridge University Press.

Mische, Ann (1996b). "Redes de Jovens", en *Teoria e Debate* 31 .

Pizzorno, Alessandro (1986). "Some Other Kind of Otherness: A Critique of Rational Choice Theories", en A. Foxley, M. McPherson, G. O'Donnell (eds.), *Development, Democracy, and the Art of Trespassing*, Notre Dame: University of Notre Dame Press.

Sampaio, Helena (1995). "O Marketing do Ensino Superior no Brasil", texto preparado para ANPOCS.

Sampaio, Helena (sin fecha). "Sociabilidade dos Jovens Universitários", texto para debate.

Souza, Luis Alberto Gomez de (1984). *A JUC: Os Estudantes Católicos e a Política*, Petrópolis: Vozes.

Sposito, Marília Pontes (1994). "A Sociabilidade Juvenil e a Rua: Novos Conflitos e Acção Coletiva na Cidade", en *Tempo Social* núm. 5:1 -2, revista de sociología de la Universidad de San Pablo.

Wellman, Barry, y S. D. Berkowitz (eds.) (1988). *Social Structure: A Network Approach*, Cambridge: Cambridge University Press.

White, Harrison (1992). *Identity and Control*, Princeton: Princeton University Press.

Traducción: Jorge Mancera Cardós